

## VIDRIERA y otros cuentos

*En este opúsculo, presentado en formato electrónico, recopilo algunos cuentos de mi obra más reciente, en particular de los años 2003 a 2005. En breve se publicará “en papel” un volumen compartido con otros poetas y escritores uruguayos.*

### Cielo del Planeta Azul

Me gustaba mirar el cielo de verano en el Planeta Azul. A veces deslumbrado por la vaporosa plata de la luna que se expandía en la humedad del aire, otras observando absorto el dulce tachonado de estrellas refulgentes, o los resplandores verdosos, fosforescentes, de las aguas.

Estaba en una isla remota del que llaman Pacífico y casi nunca me vio nadie. Era un punto en la inmensidad del mar, alejado de las rutas turísticas, demasiado pequeño hasta para los nativos.

Para qué negarlo, no siempre estaba en ese sitio. Alguna vez me instalé en una de las islas grandes, incluso llegué a tener alguna precaria conversación con ellos.

Anoche, justamente antes del amanecer, abordé el vehículo y me deslicé suavemente hacia arriba. El cielo se volvió súbitamente negro y perdí el control de la nave. Bloqueado.

En instantes, el círculo deslumbrador de recepción de una de las portadoras me vio descender con suavidad. Apenas un chasquido en el silencio metálico.

El Supervisor vino personalmente a recibirme. Muy mala señal.

Me hizo pasar a su escritorio de estilo modernista, hecho de luz y poco más.

Yo guardaba un tenso silencio.

-Se le ha encargado el mantenimiento de este radio, para facilitar los viajes de investigación de Ciencia. Usted conoce claramente el principio de No Interferencia, está en su memoria. Usted goza de una razonable salud mental, y entiende las cosas. Sin embargo, insiste deliberadamente en presentarse, así sea fugazmente, frente a los nativos, e incluso mantener alguna conversación con ellos. Lo hace desgraciadamente de manera tal que los omnipresentes de Espionaje, de Defensa, registran estas acciones y las están utilizando para presionarnos. Si el Gobierno se deja llevar por sus constantes rumores, levantarán el velo sobre este sector, suspenderán toda actividad de investigación y ya sabe en qué sentido interpreta Defensa la No Interferencia.

Lo miré sin decir nada, por un buen rato. Pasaban por mi mente las apacibles playas, y sobre todo, el cielo...

-Me retiro. Disponga de mi identificación- le dije, tirando sobre el escritorio el disco metálico, que quedó girando sobre sí mismo, apoyado en la luz líquida.

Y aquí estoy, mirando el cielo de verano de mi Planeta Azul, cuyas estrellas refulgen extraordinariamente.

## El Ángel de los olvidados

-Así es- me dijo el linyera, revolviendo las brasas con una vara para revivir el fuego que le permitiría sobrevivir al cero grado- se llama el Ángel de los Olvidados y cuando hace mucho frío y me parece que no paso la noche, lo empiezo a ver de refilón, a mi derecha. Muevo la cabeza y él se mueve también, siempre en el filo, en el rabillo del ojo. Después se anima y aparece de lleno. El fuego se aviva y arde muy fuerte. El está allá, en lo alto de la calle, enseguida arriba del puente y, a veces, en ambos lados. Yo que fui estudiante y medio filósofo, le pregunto si es omnipresente. El se ríe y dice: “no tanto. Puedo estar en varios lados al mismo tiempo, pero no en todos. Eso es solo para el Señor”.

Y al decir esto, se escucha un coro que ya lo quisiera el Municipio para el Solís, si es que cabe allí. El Serrano y el Coquito, que están allá abajo, en el otro puente, me preguntan qué es ese barullo que traigo, si me hice de una radio estérea de las modernas. Me les río en la cara. El viene a ver sólo a los que somos derechos.

Anoche pasé por allí y no vi al linyera. Coquito y Serrano no supieron darme dato alguno de su paradero.

-Capaz... quién sabe, dijeron con un dejo de tristeza. Andaba mal de los pulmones, y el frío estuvo bravísimo.

Al subir hasta el final de la calle, me pareció escuchar una música...

## MARKUT EL DICTADOR

*... o la metáfora de Humo*

Gran conmoción en el planeta Humo. Markut, dictador, apoderóse del Gobierno en forma ilegítima, con dos o tres matones de su confianza, y está realizando una gran campaña a favor de los Akut, y en contra de los Ukut, a quienes califica de salvajes, simioscos, subdesarrollados, dependientes, ineficientes y pobres.

La Ciencia viene de demostrar – dice Markut , presumiendo, en la gran cadena de televisión – sin lugar a dudas, que las leyes de la sociedad imponen el triunfo inexorable de los más fuertes, vulgo nosotros.

Gravemente ofendidos, los científicos informan que la Ciencia nunca ha demostrado cosa alguna que habilite a un necio a tomar ilegítimamente el poder.

Markut llama a la policía e intenta apresar a los científicos, pero la policía le dice que vaya él a apresarlos, ya que está tan ofendido, pues los científicos no han ejercido daño u ofensa alguna a la policía, y viceversa.

El dictador acude entonces al ejército, procurando lanzarlo sobre la policía, pero los generales le informan que ellos no están para acciones violentas sino para salvar vidas y proteger a los ciudadanos. Eso de la guerra civil- tal es lo que Markut veladamente insinúa, interpretan- pertenece a la prehistoria, particularmente a la era de la gran contaminación, y, por si aquel no lo recuerda, el Cráter Ykukuy, también llamado de la Infelicidad, es la cicatriz que dejó en el mundo la insanía de las guerras.

Markut, enfurecido, reúne una tropa bizarra de mercenarios de otro planeta y se dirige a la frontera de Ukut, donde es rápidamente capturado y puesto en ridículo en los medios de Ukut, y también en los de Akut. Ambos territorios festejan al unísono y ríen. La paz reina nuevamente.

En cuanto a Markut y los mercenarios, al ser invitados a un permanente exilio en el planeta de castigo (léase Tierra), suplican piedad y obtienen decorosas funciones permanentes en los colectores sanitarios de la ciudad.

## Un país modesto

Era una semana magnífica. Alvaro vivía en ese entonces en un país modesto, en una ciudad aldeana, en una calle de barrio, en una casa chica. Mariana trabajaba como cocinera y tareas varias, con retiro, en casa de familia; él se dedicaba a sus siete oficios: "parrilleros y estufas, cuando salen, pero también reformas chicas, pintura, y lo que haya".

Hay changas especialmente agradables: una estufa, según el viejo diseño del Almanaque del Banco de Seguros, mejorado con algunos detalles especiales, en la casa del hermano de la patrona de Mariana. Muy buen trato, excelentes personas, que no lo miraban por encima del hombro y le habían tomado confianza en seguida, porque aunque sus referencias eran excelentes, a juzgar por como está todo hoy día, no se puede confiar en nadie.

El viernes santo la estufa estaba casi terminada, faltaba algún detallecito de nada. Los Pérez Rivera se habían ido a pasear. Se oía el coro bullangero de los gorriones, y de vez en cuando el canto de algún gallo. A las dos y media tocaron timbre. Era el viejo Eusebio, el vecino de enfrente, que venía a ver si precisaba algo, y de paso a seguirle contando sus historias de percantas y malevos.

Justo cuando iba a empezar de nuevo lo del cuchillo atado a la parrilla de la cama, del lado de abajo, que lo salvó de los Menezes que venían a liquidarlo, lo llamó la mujer para que fuese a comprarle más harina. Con un gesto de resignación, detuvo el relato y se fue a hacer el mandado, incluyendo la botella de agua mineral para Álvaro.

-Un facón de casi cincuenta centímetros de hoja no es moco de pavo -le dijo Eusebio a modo de saludo al almacenero, continuando el relato que también a él le hacía, en este caso con vislumbres de eternidad.

Don Alberto lo miró socarronamente y le habló en un tono acorde.

-Eusebio, hasta diciembre pasado era el cuchillo de un sargento que se pegó un tiro por accidente con su propio fusil, en la línea Maginot. Después tu tío francés lo trajo como única pertenencia, además de lo puesto, no al sargento muerto, sino al cuchillo, cuando llegó a Uruguay. Si seguimos así, dentro de poco va a ser el machete que usaba Fidel para abrirse paso en la sierra, total...

Arístides recobró un poco la vertical, sin dejar que su codo perdiese el contacto salvador con el mármol vetado en gris verdusco, y alcanzó a tragar el tinto de apuro, antes de reír hasta las lágrimas.

-No, no, es imposible, porque esto fue antes de Fidel- se defendió Eusebio, sin entender la broma.

Álvaro se largó igual hasta el almacén, a pedir permiso para colocar el reclame de sus trabajos de albañilería, con el teléfono de la casa donde trabajaba Mariana. El almacenero prometió acercarle algún cliente, alentado por la expectativa de un buen descuento en el parrillero que pensaba hacer.

Cuando encontró un lugar apropiado para poner su cartel, y se dispuso a pegarlo, entró el Flaco, el diariero, a hacer la segunda pausa de la mañana. La cuarta parte de mostrador destinada a bar quedó completa -Arístides estaba, a la sazón, un poco gordo. Si venía alguien más, Don Alberto tendría que sacar la mesita y las sillas, despejar y ampliar el espacio entre los cajones de verdura y el tanque de querosén. Pero nada de eso le preocupaba por el momento, atento a contar un grueso rollo de billetes prolijamente desordenados.

## **ESTIBA**

Denis Olmos contempló las chapas traslúcidas intercaladas armónicamente en el techo abovedado del depósito. Una paloma intentaba huir, nerviosa al escuchar los sonidos de diversas aves de presa, producidos por el sistema ahuyentador.

-Estamos en pleno día y la luz, si bien mitigada, llega muy bien a todos los rincones. En estos tiempos difíciles, es importante contar con luz natural. La mayoría de las tareas rutinarias pueden hacerse con esta iluminación, y luego colocar estas lámparas de bajo consumo en áreas clave...

-No lo sé... -dijo David Durante, aflojando un poco la corbata que amenazaba estrangular su cuello regordete -bajo esa luz verdosa debo parecer enfermo.

Ambos rieron. David tenía un aspecto de predicador -reforzado por sus lentes de montura dorada, su voz clara y altisonante, y sus amplios gestos que parecían destinados a una invisible feligresía- que condecía con la naturaleza del cargamento

prolijamente estibado en el área A5: biblias y más biblias, destinadas a ser repartidas en hospitales, cárceles, albergues, hogares de ancianos, sanatorios, y por supuesto, en las iglesias de la congregación.

-¿Podemos organizar desde aquí mismo la distribución? Es que nuestras oficinas son muy pequeñas.

-Por supuesto, Padre- dijo Denis, que no conocía otra manera de dirigirse a un ministro del Señor - siempre bajo la supervisión de la gente nuestra; no es que haya desconfianza, de ninguna manera, lo que pasa es que los que conocemos bien la estiba somos nosotros. Después de cargarles el camión, ustedes disponen. David sonrió, pero no le corrigió lo de Padre, pensando en sus dos niñas que a esa hora estarían volviendo de la escuela, allá, tan alejadas de todo mal... Denis siguió hablando...

-Los libros estarán bien protegidos, sin peligro de ratones, polillas, ni ningún otro bicho... por supuesto que los de dos patas, en el supuesto de que les interesase robar biblias, también se mantendrían alejados...

David sonrió y replicó amablemente, pero con firmeza:

-Los seres humanos no somos bichos, ni aún los ladrones. Todos somos hijos de Dios.

-Era solamente una broma, Padre. A propósito... ¿se sabe quién va a ser el próximo Papa?

-No... en realidad nosotros no tenemos que ver directamente con los papas, ya que hace unos cuantos siglos... en fin, la historia es un poco larga. Me parece que nadie sabe todavía quién va a ser el próximo, eso se decide en un Cónclave, y los resultados suelen sorprender.

Llegó la noche. Denis terminó de realizar los últimos trabajos encomendados, y se dispuso a tomar el postergado mate. Una vez preparado, salió y se acercó a la reja exterior. Algunos transeúntes pasaban rápidamente hacia su casa, sintiéndose reconfortados al verlo, ya que esa cuadra era especialmente larga y solitaria. Se acercó el sereno de la textil de enfrente, para comentar con él algunas palabras acerca del tiroteo con un par de malandras y lo mucho que había demorado el patrullero.

-Vas a ver que estas noches va a estar tranquilo. El Pelado está guardado, así que...

El ladrido furioso del perro le interrumpió. El hombre se dio vuelta rápidamente y corrió hacia el portón, que en un gesto de confianza tal vez excesiva había dejado entreabierto. El perro ladraba mirando hacia arriba. Se oyó un bufido... era un gato, trepado a la cornisa; se veían sus ojos brillando como brasas. El sereno saludó de lejos a Denis, y desapareció tras el portón, cerrándolo con un golpe seco que resonó en toda la manzana.

Denis caminó despacio alrededor del galpón principal. El cielo estaba despejado. Pasó una estrella fugaz. Pensó en pedir tres deseos y vagamente formuló un principio de uno relacionado con la prosperidad de la empresa y el bienestar de su familia. Más allá, después del espacio en el que ya se empezaban a realizar los trabajos de fundación del

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

